

SI, los partidarios de la «secularización» religiosa; los seguidores de eso que se ha llamado, con paradójico nombre, el «ateísmo cristiano», pretenden esto.

Y no son pocos los pensadores cristianos actuales, sobre todo en Norteamérica, que lo sostienen así. Van Buren, Altizer y Hamilton son los principales fautores de esta teología, que alguien ha designado como la teología del «Dios ha muerto»; y sobre la cual se acaba de traducir al castellano el libro básico de esta escuela, titulado «Teología radical y la muerte de Dios».

Un día —hace ahora año y medio—, la revista «Time» se lanzó a divulgar, en forma sensacionalista, estas tendencias del cristianismo actual, que entre nosotros apenas son conocidas. Tendencias que serán objeto de algún próximo artículo, porque todo el mundo se preguntará al leer estas líneas: ¿cómo puede alguien propugnar una teología que niegue, o parezca negar, su propio contenido? ¿Cómo puede vaciarse de Dios la ciencia que trata de él? ¿Cómo sistematizar, y dedicar nuestro esfuerzo a esta labor teológica, si su base fuese un concepto evanescente y sin consistencia?

Pero hablemos hoy de un tema previo: el desprecio en que los cristianos y no-cristianos tienen actualmente a todas las Iglesias. A esas comunidades que muchas veces los hombres de hoy creen ver fosilizadas tras el vital mensaje, todavía actual, del Evangelio.

Un teólogo protestante —quizá el mejor y más profundo tras el telón de acero—, el profesor checo Hromadka, en su «Evangelio para los ateos», nos habla de su experiencia religiosa profunda, empleando este duro lenguaje: «Las tradicionales humanas doctrinales —dice—, el servicio eclesial con sus cultos, sus sermones y la manera de practicar los sacramentos, han sepultado al hombre entre sus escombros».

Porque, según él y según muchos, habíamos invertido la importancia de los términos. El fin lo habíamos pospuesto a los medios y los valores a los instrumentos, haciendo un fetiche definitivo de estos medios y de estos instrumentos, y dejando oculto tras ellos lo que era cometido principal.

REFLexionaba hace pocos días en alta voz, dirigiéndome a un grupo de capuchinos, y les recordaba la frase de un teólogo alemán del siglo pasado, el pastoralista Anton Graf: «El sacerdote parece ser todo, y, sin embargo, no es más que un elemento del Reino de Dios, que al lado de la plenitud de los demás factores es un elemento que verdaderamente casi desaparece: sin la Iglesia y la comunidad no hay absolutamente nada».

Porque del elemento jerárquico de la Iglesia, piensan cada vez más cristianos que hablamos hecho falsamente no sólo un mito, sino el todo de la comunidad de los creyentes.

Y, sin embargo, la Jerarquía no es nada, sino en cuanto es un servicio. Porque su máximo grado, el Papa, es como decían de sí mismos los antiguos Pontífices de la Iglesia: «El siervo de los siervos de Dios». Está al servicio de todos; y en eso consiste su función religiosa. No es, ni puede ser, un dictador, ni un avasallador, ni un dominador. Porque, si lo es, automáticamente viola el fundamento mismo de su poder.

¿No decían nuestros clásicos —Domingo de Soto, concretamente, en su comentario al libro IV de las Sentencias— que había que resistir a la tiranía estuviera donde estuviese, incluso si la ejercía la autoridad eclesiástica?

Comienza, ahora que empezamos a ser conscientes de todo ello, una época difícil en que los excesos eclesiásticos ya no serán posibles, porque el pueblo no se asustará ni atemorizará por ellos. Y la postura de este pueblo que empieza a ser consciente no hay que esperar —y pobre iluso del que lo espere— que sea ni la ciega sumisión sin discernimiento, propia de un pobre seminarista de otros tiempos, ni la indignada protesta de un nuevo Savonarola. Hoy lo que hace la gente cristiana es bien sencillo: no tomar en cuenta sino lo que realmente lo merece, porque sólo acepta lo que está en la línea evangélica.

Por primera vez desde hace sólo unos pocos siglos, ya que antes se entendían bien, distingue otra vez el pueblo claramente entre «función» y «persona», y no identifica el cometido religioso de un miembro de la Iglesia, dirigente o no, con todo lo que hace esa persona.

El clero es lo que es; pero nada sería sin la fe del pueblo.

Y no hay que acudir, para pensar así, a ningún libro de revolucionaria teología; basta leer cualquier manual tradicional del peor estilo. Allí —al que tenga la paciencia de hojear sus páginas— podrá leer que un sacerdote no es ningún mago, ni detenta a voluntad propia un poder intangible. Toda su fuerza sacramental queda frenada por la condición que le ponen los moralistas, sea cual sea la escuela teológica a que pertenezcan: el sacramento que administra el sacerdote —dicen todos ellos— no es válido —no tiene efectividad alguna— si no tiene el sacerdote la intención de hacer lo que hace la Iglesia.

En una palabra: nadie puede ejercer su función sacerdotal como una especie de milagrosa máquina tragaperras. Puesta la moneda, y apretada la palanca, el efecto no es seguro ni eficaz, a menos que se quiera hacer lo que la Iglesia cree, lo que el pueblo de Dios vive en su fe. La fe es primero; pero no la fe individual del sacerdote, sino la fe del pueblo de la cual cobra vida la fuerza puramente formal que el clérigo posee por su sacerdocio.

¿HACIA UNA IGLESIA QUE NO SEA ECLESIASTICA?

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Esa es la razón —una de las razones básicas— por la que el Nuevo Testamento no llama a los ministros sagrados del cristianismo «sacerdotes». Sacerdote sólo fue Jesús, y el pueblo creyente, el «pueblo sacerdotal» como lo llama San Pedro: los demás son quienes concretan ese poder difuso, y lo especifican dependiente de la fe del pueblo, y no al revés, como muchas veces se nos ha exigido pensar o hacer.

A. Brunot, el especialista católico, así lo subraya: «En la Iglesia no puede haber sino un solo sacerdote —Jesús—, jefe del pueblo sacerdotal»; y lo esencial del que llamamos hoy sacerdote «es organizar el pueblo sacerdotal, para que cumpla su cometido de ofrecer y de proclamar la palabra de salvación».

«Los presbíteros serán entonces para Jesús los encargados del servicio a los demás, al servicio de su Pueblo creyente» (A. Brunot, «Prêtres pour quoi?»).

LAS consecuencias que, de todo ello, podríamos sacar son inmensas; y bien prácticas para nuestro mundo de hoy, para este hombre «secularizado», que repele la sumisión ciega, o las fuerzas irracionales de un mundo religioso ya pasado.

Tres, creo yo, que son las que se podrían sacar sobre todo.

La primera incide sobre la manera cómo el sacerdote ha gobernado y dirigido abusivamente las conciencias. El consejo espiritual —tan necesario como todos los consejos— se ha degradado en una dirección espiritual. Y, sin embargo, ésta no fue la idea tradicional del catolicismo. Una vez que me dediqué a estudiar despacio el tema, después de leer una treintena de autores espirituales, seguros y de primera línea, llegué a esta conclusión que aquí resumo.

Nuestros republicanos y liberales de ante-guerra no echaban en cara otra cosa a nuestro catolicismo: le atribuían al clero que era quien gobernaba el país, a través de las conciencias de sus mujeres. Y no debían andar muy descaminados porque el que fue obispo de Palencia, don Manuel González, en un Congreso sanjuanista celebrado en España en este siglo, recordaba la tiranía que por estos directores se mantenía —como ya se hacía en tiempo de San Juan de la Cruz—. Pedía este obispo «padres (espirituales) y no tiranos; ni gulas caprichosos; o mejor, no obstáculos ni seductores ni sustitutos del Espíritu». «La vida, aun la espiritual, es algo inalienable y aun inadministrable por decisiones ajenas», asegura un jesuita tan moderado como el padre Granero.

Ya no nos basta por tanto, en los consejeros ni en los superiores espirituales, la simple buena intención, porque «de buenas intenciones —como asegura el dicho popular— está empedrado el infierno». El famoso moralista, padre Deman, O. P. —seguidor de Santo Tomás—, así lo afirmaba de todo jefe espiritual, en su obra sobre la «Prudencia cristiana», porque «de los jefes que se equivocan decimos que debían saber hacerlo mejor; y su función requería algo más que la simple buena voluntad hacia sus súbditos».

En segundo lugar hay muchos católicos que, conscientes de todo ello, van adoptando una nueva postura respecto a esta «puesta al día», SIGUE



HOY TENGO UN
COMPROMISO
IMPORTANTE

sinlex



MUCHA VISTA... VISTA PETRONIO

EL TRAJE QUE VISTEN LOS ELEGANTES



UN TRAJE EN PURA LANA VIRGEN

creación de: MANUFACTURAS PETRONIUS, S. L.



¿HACIA UNA IGLESIA QUE NO SEA ECLESIASTICA?

que quería Juan XXIII para la Iglesia. Ya no pierden su tiempo en pedir directamente que se modifiquen las estructuras, como paso previo a toda reforma. Creen —como bastantes católicos norteamericanos que antes eran muy tradicionales— que más importante que la reforma eclesiástica, es la reforma religiosa.

No invierten horas y días en peticiones, escritos ni manifestaciones; sino que divulgan sus ideas, y son consecuentes con ellas, sin establecer una lucha en la que, la mayor parte de las veces, han de llevar la peor parte. Osborne, el sociólogo católico estadounidense, dice que «la reforma eclesiástica... parece centrarse sobre todo en... la creación de nuevas comisiones, comités y organizaciones; en la formulación de nuevos códigos y nuevas líneas de conducta, y en una nueva distribución de las fuerzas disponibles». Pero él cree, con su experiencia de sociólogo, que esto es engañoso, porque llevan las de vencer «los grupos de interés que luchan por su primacía»; y en cambio están abocados a un fracaso, según las leyes sociológicas, «las fuerzas que pretenden el cambio, porque chocan con lo inamovible, que está atrincherado tras la edad, la experiencia, el poder acumulado y la capacidad de diplomacia». Además, «el cambio, en el campo de la burocracia —aunque sea la de la Iglesia—, es lento e incierto por su misma naturaleza».

¿Qué hacer, entonces?, ¿qué postura adoptar?, se pregunta este profesor.

Y haciéndose deudor de la experiencia recogida por él durante los dos últimos años, cree que si el acento se pone en las estructuras e instituciones, la transformación no se llegará a producir ni a tiempo, ni en suficiente medida. En cambio, si son los comportamientos de los creyentes los que varían, entonces «la estructura —eclesiástica— tiende a adaptarse al comportamiento». Si «las normas, los valores y el ritual (de los creyentes)... cambian, las estructuras (exteriores y burocráticas) no tendrán más remedio que cambiar». Si se generaliza una postura nueva en los creyentes acerca de algunos problemas que parecían intangibles, como la regulación de nacimientos, o la ley del ayuno y abstinencia de carne, o la rigurosidad del precepto de la Misa dominical, es cuando la estructura jurídica exagerada, que se había vivido hasta ahora, caerá por su propio peso, ante la fuerza de una costumbre distinta adoptada por muchos. No es esto ciertamente propugnar una irresponsabilidad, sino una mayor responsabilidad hacia la honradez de la vida y de la propia conciencia; y, al mismo tiempo, dar poco valor a las cosas meramente jurídicas y puramente formales en lo religioso, que muchas veces ocultan un subterfugio para no ser suficientemente honrados.

En tercer término se está haciendo una nueva ordenación de valores, poniendo, por ejemplo, lo personal por encima de las cosas puramente exteriores, por valiosas que parezcan. Como dice el escritor católico americano Julián N. Pleasant, ni siquiera la Misa es lo más importante para un cristiano, por mucho que lo sea ciertamente, sino el amor hacia los demás. El Nuevo Testamento —según él— no permite creer que el cristianismo haya puesto primero aquello y después esto, sino al revés. San Agustín lo dice con enérgica palabra: «Hagan todos la señal de la cruz; respondan todos *amén* (como hacemos ahora durante la Misa dicha en castellano); bautícense todos; entremos todos en la Iglesia; levanten los muros de los templos; hagan lo que hagan, no se distingan los hijos de Dios de los hijos del Demonio, sino sólo por el amor... Posee todo lo que quieras; si esto —el amor— sólo te falta, de nada te aprovecha todo lo demás. Y si no tienes lo demás, con esto que tengas, cumplirás la ley» (comentario a la 1.ª carta de San Juan).

UNA influencia ambiental nueva y renovadora sobrenada a las estructuras humanas anticuadas de las Iglesias. En los católicos, es el Concilio; en los otros cristianos, la renovación bíblica. Pero en todos hay algo irreversible, que debemos fomentar con todos los medios de nuestro alcance: palabra, pluma o imagen.

Eso será lo único eficaz; lo otro, el afán simplemente reivindicatorio por vía administrativa, según los sociólogos, es poco eficaz a la hora de esperar una profunda reforma de las Iglesias, porque el peso muerto de sus burocracias se encarga de hacer lento lo que debía ser rápido, e insuficiente lo que debía ser más radical.

La Iglesia es de todos, porque a todos incumbe, y todos podemos influir en ella más de lo que creemos, con la expresión de nuestras opiniones y la fuerza de nuestras costumbres.

Por eso, la Iglesia no es ni exclusiva ni preferentemente eclesiástica, ni tampoco cosa de eclesiásticos sólo. Es del pueblo que cree, y entre el que se encuentra —a su servicio— el clero.

Aquí, en España mismo, debíamos percatarnos de lo que ha cambiado el mundo seglar católico de dos o tres años a esta parte, y lo que ha influido en el mundo eclesiástico con sus ideas y actitudes.

E. M. M.

Haga maravillas con la óptica de Canon

¡Las cámaras de óptica prodigiosa!

Si no ha tenido una CANON en sus manos, usted no ha llegado aún a la cima de su capacidad creadora. No menos de 12 elementos y más de 10 componentes tiene la lente CANON más sencilla. ¡Verdaderas maravillas de la ingeniería óptica!

Usted maneja su cámara fotográfica o su filmadora CANON con sencillez y soltura. Hay multitud de modelos CANON... y una fama mundial que los ampara.

Retenga su vida con una

Canon



Examine también un proyector
CANON



CANON DIAL - 35



CANON - FX

Retenga su vida con una

Canon

Representante para España

FOCICA S.A.

Avda. Gím. Franco, 334 - BARCELONA

**INFORMACION Y VENTA
EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO
(Elija tarjeta de garantía)**